

# Don Toribio el Leñador

Y al llegar a este punto algo se me clava como un hacha en el corazón. ¿A quién le quedó el hacha de don Toribio?

Por allá en las barriadas del muelle andaban los andariegos y los serenateros de aquel tiempo de los que más de una vez harían rugir en su cama a mi padre, ya que le tocó ser el progenitor de dos de las más estupidas mujeres que han nacido en este tiempo.

En el barrio de Concepción, a poca distancia del mercado, cada noche o una vez a la semana, teníamos la lotería barata de Martín Blanco, a quien las gentes atribuían pacto con el diablo por ser masón.

Todavía retengo sus llamadas para las fichas de la lotería de cartones: Con lo que bailan los tontos: la dulzaina. Con lo que ve el viejo Acisclo: los anteojos. La orquesta de Amapalita: la caramba. En lo que beben los indios: las jicaras. Y así, sucesivamente, he tenido que recordar a viva fuerza y enmendar en buena parte todo esto.

Martín Blanco y don Toribio el leñador pasaron ya pero han quedado como jaloneos, como señales de lo que fue aquella vida. Frente a mi casa, el corpulento tamarindo, en el mismo predio en donde mi padre hizo que el vecino Gallegos hiciera una buena casa. —No se aflija usted, le dijo un día, yo le voy a ayudar a que construya. Y el vecino construyó. Y después todo aquello se fue llenando de casas nuevas porque el espíritu de la época era distinto: se ganaba para construir, se ganaba para ir adelante y con la plata circulando por todas partes y nadie tenía miedo de que en nombre de la justicia social le fueran a robar lo suyo.

No sé si loterías como las de Martín Blanco las había en otros lugares de la República. La de él fue la única de quien tuviera conocimiento y consistía en una colección de fichas de metal que se metían en un saco. Don Martín cogía el saco y hacía como que las revolvió

para después sacar con la mano una por una, y el cliente que fuese el primero en marcar en su fichero, era quien ganaba el premio.

En aquel tiempo, la gente humilde no tenía con qué distraerse los días sábados por la noche; ni cine, ni teatro y menos aún, televisión. No quedaba más remedio que meterse al estanco o jugar lotería.

Más de una vez, yo pasé con mis hermanas mayores por el sitio a curiosear y veíamos que el salón se le llenaba a don Martín. Dios nos libre de haber alguna vez entrado allí. Mi padre era enemigo jurado de los jugadores —desde luego, se trata del juego malo—, que se vuelve casi un vicio y que ha causado toda clase de infortunios a la gente. Se habla de quienes prácticamente quedaron en la calle por jugar en los casinos de juego.

Como la hacienda principal de mi padre, era Siramá —la que tenía todo un pueblo adentro— a nosotros nos resentía aquello de “con los que bailan los tontos: la dulzaina”, porque los sirameños se perdían de vista tocándola.

Ese fue el don Toribio de mi niñez, pero todavía lo alcancé a ver cuando grandecito. Lo encontraba por los antiguos talleres de Miramba siempre buscando leña para rajar la madera de la resaca. “Claro está”, me decía, “que de vez en cuando pesco mis animalillos y alguno que otro objeto de algún valor que tiran al mar desde los barcos anclados”.

Como digo arriba, podía haber sido uno de los marinos que se quedan fondeados, Si mal no recuerdo hay ya una canción que dice que el marino tiene un amor en cada puerto y otra del marino que nunca volvió, cosa que se me grabó en mis andanzas en los Estados Unidos con aquel trozo que decía:

*And never did  
come back again*

Porque el marino siempre se va y vuelve, pero en el caso de don Toribio lo que invita a pensarlo con cierta amargura es que de haber vuelto él, ya no habría encontrado a nadie de los suyos. Estamos sobre la tierra muy de paso y hay un viaje del cual nunca volveremos.

Por  
N. Viera  
Altamirano

Yo lo ví en su labor de rajar leña, con un vigor admirable a pesar de la montaña de años que se le advertían encima a don Toribio y su leña era pan caliente en todo el barrio. ¿De dónde traería sus trozas? De cualquier parte. Muchas veces de la resaca del mar, de las quemadas incompletas en el volcán de Conchagua. Pero en fin, la materia prima estaba allí y aquello bastaba para que este gran señor del hacha cumpliera su destino.

Para los muchachos de mi edad y vecinos nuestros, don Toribio no dejaba de ser día a día un acontecimiento. Rajaba leña a la sombra del tamarindo del que ya he hablado y sentíamos el olor del árbol rajado, cosa que podíamos hacer porque en la hacienda de mi padre también se rajaba leña de madrecaao, chaperno, copinol, quebracho, guachipilín, chipilte, nacaspil, etc., que llegaba periódicamente en carreta.

Podríamos imaginar que don Toribio no solamente rajaba para ganarse el sustento de todos los días, sino que también gozaba con todos los fogones que ardían en la ciudad y en cuyo calor pudo encontrar algo que le calentara el alma.



En la vida de todos los niños hay figuras cuyo recuerdo se vuelve casi imperecedero, como si andando el tiempo nos fuéramos despojando o eliminando de lo que no tiene un sentido profundo para detener lo que sí vale, por lo menos en el mundo de nuestros recuerdos.

Todavía a estas alturas del tiempo —y ya veré si en La Unión hay alguien que todavía tenga presente el detalle—, se va quedando en efecto lo que sí vale. Porque se enlaza, se encadena dulcemente con todo un panorama que se llenó de pájaros y vientos, de golondrinas y delfines, y de viajeros. Si quitamos ese conjunto valioso, no nos queda nada y entonces podríamos decir que no hemos vivido sino que apenas nos correspondió pasar por el mundo como una cosa, pero no como un espíritu.

Una de las figuras inolvidables era la de don Toribio el leñador.

¿Cómo llegaría a dar a La Unión? Seguramente que fue en las proximidades del siglo pasado. Con gran frecuencia los marineros que se emborrachan en los puertos, fondean con más profundidad que sus propios barcos y se quedan, y es así como yo me he explicado que el pequeño puerto del oriente de la República se llenó con el aporte de multitud de gentes de distintos orígenes. En mis páginas inéditas todavía de mi regreso a Coimbra, hago referencia a eso. Italianos, portugueses, españoles, franceses, griegos, ingleses, holandeses, egipcios y hasta negros del África, se fueron quedando allí, pudiendo darle al puerto una fisonomía humana de mucho interés.

Seguramente don Toribio el leñador no tenía oficio más que como elemento marinerío de los que en los barcos sirven para barrer, para cocinar, para hacer menudos trabajos de carpintería y muchas veces ya en los puertos, calafatear.

Pero, indudablemente era español. Por sus grandes barbas, que no conocieron nunca las tijeras. Ni de Pascual Rubio, ni de los barberos baratos de Siramá. Por lo chapetón era auténtico hijo de esa España que nos vapuleó, nos explotó, nos fanatizó, pero que nos enlazó con la civilización y un mundo nuevo tenía que nacer aunque lleno todavía de las imperfecciones naturales en todo desarrollo humano. Porque —como decía Amado Neruo hace sesenta años—

*sólo el indio, trota, trota  
con el fardo en las espaldas y la  
frente en las tinieblas*

